

Homero Bascuñán

Justificación del comentario crítico



ENTRE las diversas preocupaciones inherentes al oficio de escritor, merece destacarse esta que le permite invadir las zonas privadas de la crítica; esto es, expresar la opinión que le merece una obra, en un comentario que, sin ser juicio propiamente tal, contribuya a orientar al público lector. No otra debe ser la misión de quien se aventura impulsado por la obligación que, como hombre de letras, tiene de opinar sobre lo que sus compañeros escriben. Ciertamente—hay que reconocerlo—que el oficio de crítico es difícil e ingrato, y aunque lo último no cuenta, a veces, cuando un libro es bueno, lo primero siempre queda en pie. Se puede escribir sobre muchas cosas, y especializarse sobre tal o cual, sin tener que preocuparse para nada de lo que no interesa en lo que se está haciendo. Esto en cuanto a escritor. Pero en cuanto a crítico, el caso es diferente y complejo: se requiere conocimiento, experiencia, erudición, equilibrio, imparcialidad, aplomo, serenidad para decir la palabra definitiva, después del análisis mi-

nucioso de la obra enjuiciada, porque al crítico no debe perdonársele que diga que esto es bueno, que lo de más allá es mediocre, que aquello está mal. Muy distinto es el caso del que escribe un comentario (y cualquier lector puede hacerlo), porque, sin gran esfuerzo, puede inflar un par de carillas de prosa inútil y salpicarla, finalmente, con una gota de *mal* o *bien*, y poner punto final.

Está bien como disciplina y entrenamiento echar su cuarto a espadas, de vez en cuando. Sobre todo si se considera que hay libros que tienen mala suerte con los críticos. «El Sentimiento de lo Humano en América» (1), de Félix Schwartzmann, por ejemplo. Los críticos no nos dieron su opinión sobre este libro. Así ha ocurrido con otros. Recuerdo, a propósito, el de un buen poeta joven, que fué comentadísimo por escritores, no así por los críticos. No vamos a entrar en detalles; consignamos estos hechos, solamente.

Opinar sobre lo que hacen determinadas personas, es, actualmente, algo así como un entretenimiento para quienes siguen de cerca los pasos de aquéllas. Los artistas que actúan en radiodifusoras, por ejemplo. Estos artistas reciben cartas de sus admiradores, en las que se les estimula por su labor en los micrófonos. En cambio, los entendidos en canto y música nunca—o casi nunca—gastan una palabra de aprobación o de censura, que involucre una crítica a la actuación de los numerosísimos artistas de radio. Pero no importa: a ellos no les faltan orientación y estímulos.

Considerando esto, ¿por qué no habría de opinar el público lector sobre las obras que lee? Yo estoy pergeñando estas líneas reconociéndome lector, ya que al

(1) Premio Municipal de Ensayo, 1950.

escribir, ahora, lo hago impulsado por el deseo de dar mi opinión sobre un libro que acabo de leer. Sé que el escritor, como el artista radial, necesita estímulos; tal vez no tenga urgencia imperiosa de recibirlos o que no los necesite, pero en ningún caso le harán mal; al contrario, serán siempre un aliciente en su carrera.

Si todo libro no contara con otra posibilidad crítica que las opiniones de los cuatro o seis críticos oficiales que reconocemos como tales, tal vez sería mejor no escribir, ya que la opinión de la demás gente que lee no cuenta para nada. No es que pretendamos negar el valor de la crítica; muy por el contrario: la reconocemos, la respetamos y le concedemos de buena gana (sin segunda intención y sin pretender hacerle sombra en su labor orientadora) el lugar que, por derecho, se ha ganado en nuestras letras.

Y en cuanto a los comentaristas espontáneos y ocasionales, tenemos entendido, sin que nos quepa ninguna duda, que su aporte no es menos útil siempre que a su limitado hacer no se le exija llenar enteramente—porque sería injusto—los vastos perímetros que, en cada ocasión, deben achurar los críticos en el área de su especialidad.

Y siempre sobre lo mismo: los diarios y revistas, y aun las empresas editoriales, deberían hacer encuestas periódicas sobre los libros que prefiere el público lector. Podría hacerse este «ranking» por medio de cupones insertos en las páginas de los diarios y revistas. Y en los libros que se vendan. También podría aceptarse opiniones por carta o en breves colaboraciones sobre el particular, es decir, sobre los libros de reciente aparición.

Todo esto ha venido a cuento, con motivo de tener el compromiso de escribir una buena parrafada sobre

el último libro de Daniel Belmar «Coirón», porque se lo merece.

Conocemos bien a este escritor penquista. Con sus libros anteriores «Roble huacho» y «Oleaje», ya había alcanzado los primeros grados del iniciado en literatura. Ahora, con su magnífica novela «Coirón», ya nadie podrá dudar de sus extraordinarias condiciones de escritor. En el libro que mencionamos, confirma lo que en otras ocasiones hemos afirmado respecto de sus méritos de escritor, con la diferencia de que ahora, en «Coirón», le encontramos inmensamente superado, con aliento para superar etapas y metas, y con promisorios trazos ascendentes, acusados en la curva de su destino de escritor auténtico.

En «Coirón», su prosa adquiere consistencia, seguridad, uniformidad tonal, ritmo y vibración, volumen y color de cosa acabada, y lograda de acuerdo con fórmulas contenidas en su *Manú* de artista, en el que cuenta, principalmente, el imperativo de expresar una verdad, una dura experiencia que se lleva en la memoria y que duele de tanto guardar en silencio. Esos días de infancia de Patito, esos años de forja de su vida sufrida, tan íntegra en el duro acontecer, como si su destino rebasara los patrones naturales de los humildes habitantes del agro, hasta alcanzar las dimensiones propias del arquetipo, todo eso no es ficción ni artificio novelesco, sino el lógico resultado que un escritor puede lograr mediante la conjugación de elementos tan comunes, sencillos e invalorable, como la experiencia, la observación, el sufrimiento, la esperanza, la vida, en una palabra; los que matizados inteligentemente, y obedeciendo a tácitas sugerencias de altas claves herméticas que unen su lampo de resplandeciente creación a una bien equilibrada arte-

sanía, nos ofrecen el resultado de tan interesante ecuación, traducida en mágica obra de arte.

Los demás personajes: Leandro Artigas, la madre (Rosario Marverde), Rubén, Adolfo, doña Carmen, el Petizo, el Zorro, los Arriagadas, en fin, son otras arterias vitales que nutren de vida heroica a esa tierra de llanuras y lomajes tan duros como el gruñido de un abismo. Hombres, animales, tierras labrantías, breñales grises y desolados, altozanos de lomo verde y jugoso, esfuerzos, luchas, lágrimas, fríos agazapados en la noche, fiesta de pájaros en el blanco hálito del alba, vida ruda de labradores y reseros, inmenso panorama de vida pujante, en donde los seres accionan sobre tapices de coirón desde el orto del lucero hasta el derrumbe de las sombras, armonizando un concierto de durísimas potencias, forman el conjunto que nos da la expresión total de la novela. Es difícil encontrar en «Coirón» uno o dos personajes centrales: todos se destacan rutilando en ese primer plano que es la pampa, y aún en el final, amasado con tan duro dramatismo y en el que intervienen sólo Patito y Adolfo, de los personajes que conocíamos y que hemos ido sintiendo vivir incorporados como astros en nuestras auras, a través del relato; aún allí—decimos—se observa, se siente esa como polarización unánime de la gleba, de los hombres y los animales, tal que si exprimieran sus destinos sincronizados en un mismo anhelo y en un mismo afán preconcebido de darnos un destello de honda tragedia, veraz y atarazante, que pueda estremecernos hasta quebrar pecho y pupilas, y liberar así sollozo y lágrimas.

En esta novela de Daniel Belmar observamos progresos evidentes respecto de sus libros anteriores, pues mientras en «Roble huacho» era fácil darse cuenta de

lo que él podía darnos una vez alcanzada su madurez expresiva, en «Oleaje» ya estaba conseguida, pero allí faltaba volumen y espacio para apreciar el alcance de su onda. En efecto, en algunos capítulos del primer libro, veíamos como Belmar parecía tomar impulso y estar a punto de remontarse hasta el vértice presentado; sin embargo, se quedaba, no rezagado, precisamente, sino en una actitud como de vacilación, cual si le faltara aliento, o quizá si no fuera otra cosa que exceso de modestia y nada más. Pero en «Oleaje» ese titubeo aparece vencido, superado, pues—ya lo anotamos oportunamente—allí hay unos capítulos de tantos quilates como para enriquecer cualquiera antología. Y ahora, en «Coirón», encontramos a Belmar mirando el nadir desde el extremo opuesto. Un estilo depurado, una noble intención para interpretar la vida, una prosa galana, densa de poesía y sugerencias, un sentido claro de la síntesis, una pureza y medida exactas en el trazo y el color, todo, en suma, se resume, esta vez, en la acertada construcción—artística y humana—de su novela. Recordemos algo de lo que hemos subrayado (porque es grato hacerlo, además), en que describe el suceder de los días en el puesto:

«La pampa se tragaba los acontecimientos. Nada persistía sobre ella. Había que vivir, y vivir olvidándose del ayer. Esperando los días, gastándolos, rompiéndolos, buscando el anhelo en el frío y silencioso corazón del tiempo» (pág. 68).

Y al recordar los detalles de una pelea salvaje entre un león y un novillo:

«De nuevo, el súbito salto. El novillo giró velozmente, y recibió el puma sobre los cuernos. Uno de los pitones se enterró en el vientre del felino. El

« toro ladeó la cabeza con formidable impulso y des-
« panzurró al león, abriéndole el vientre. Por la ho-
« rrorosa abertura vaciáronse los intestinos en un
« vómito de sangre y humeantes vísceras que se aplas-
« taron en el suelo con agrio golpe» (pág. 107).

Y cuando describe aquel amanecer que sigue a la noche penosa en que trajeron al puesto el cuerpo inánime de Adrián (hermano de Patito), asesinado cobardemente por el Mocho:

« Amanecía. Por las grietas del alero empezó a di-
« fundirse la lividez de la madrugada y su luz de ce-
« niza contrastaba extrañamente con el ascua pálida
« del candil. Las vigas ahumadas surgieron lentamen-
« te, destacándose como negras costillas en la piel
« gris de las totoras» (pág. 152).

Daniel Belmar, en la ruta de los escogidos de las letras, no va a la zaga. Cierto es que la gloria y la eternidad, ávidas de pasos, esperan el tránsito de muchos; pero no todos los que ahora van hacia esa meta han de llegar. Por nuestra parte, consideramos a Belmar bastante lejos, adelante, de muchos de los que puján por llegar. Y con « Ciudad brumosa» y « Carta a una adolescente» (novelas que publicará pronto), esperamos para su gloria y satisfacción nuestra, verle mucho más lejos aún.

Santiago, 3 de junio de 1951.